

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito accepta referimus, qui tam strenue religionis et justitiae partes tuendas suscepistis...

DIARIO CATOLICO, APOSTOLICO, ROMANO.

Deumque, cujus causam agitis, rogamus, ut vos in proposito confirmet. —Pío IX, al Director y Redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PAGOS DE SUSCRICION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias: 20 rs. al mes y 60 por trimestre en casa de los comisionados, y 10 rs. al mes y 54 trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 rs. trimestre.—En Ultramar: 90 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la administración, calle de Pelayo, números 53 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—París: Agencia franco-española de D. C. A. Saavedra, 55, Rue Tailbout.—Mánila: D. Francisco Zudaire, Presbítero.

PARTE EXTRANJERA.

DESPACHOS TELEGRÁFICOS.

Florescia, 20.—El Rey Víctor Manuel ha salido de esta capital, dirigiéndose a Turin.

París, 20.—La Correspondencia general de Viena anuncia que el 22 de este mes se abrirá de nuevo el Reichstag.

Corfú, 20.—Las tropas de Omer bajá han quemado 17 pueblos, llevando la desolación a los campos, cuyas cosechas y mieses han desaparecido. Las víctimas ascienden a 400, entre mujeres y niños.

El Arcediano ha desembarcado en el Pireo a 700 candiotas emigradas.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID 21 DE MAYO DE 1867.

Es muy peligroso el celo exagerado en ciertas materias cuya bondad no está completamente manifiesta, y suele ser causa de gravísimos errores y de equivocaciones lamentables, que a veces para las gentes maliciosas se presentan con ribetes de intencionalidad. Lo decimos esto por el ardor con que *La Epoca* se ha impuesto la obligación de arreglar toda la parte eclesiástica de España, así en lo que concierne a los días de fiesta como a lo que toca a los presupuestos eclesiásticos. El constante y patriótico deseo de que las cargas públicas se hagan menos gravosas, es el que mueve a *La Epoca* a proponer economías en el haber del culto y Clero; pero católico de corazón el periódico liberal, ha declarado explícitamente que no apoyará nunca la menor reforma en este punto, si no se procede de acuerdo con la Sede Pontificia. Perfectamente. Es un consuelo oír palabras tan dulces, expresión de nobles sentimientos razonablemente barnizados y atenuados en la región serena de las ideas. Tiempo ha que nosotros buscamos por esos mundos de Dios la inapreciable joya del patriotismo, perdida en el cielo de las pasiones bastardas, el egoísmo, la ambición, la codicia, etc.; tiempo ha que la buscamos en balde, aunque en todas partes oímos pronunciar su hermoso nombre. Seremos, al fin, tan afortunados que toquemos con la joya cuando menos lo esperáramos? El constante y patriótico deseo que anima a *La Epoca* de mejorar la situación económica de nuestro país nos induce a creer que sí, que a la postre dimos con lo que buscábamos.

La Epoca, en efecto, movida de ese ardor patriótico que le es peculiar, se lanzó tras un medio de aliviar las cargas del Estado; dió con el presupuesto eclesiástico, puso en él la patriótica mano y los anhelantes ojos, y con ojos y manos sacó del fondo de aquel mar de números, datos irrecusables para demostrar la posibilidad de una modificación en la circunscripción de las diócesis y en los gastos del culto y Clero. Datos irrecusables, cuéntese bien con ello, que poniéndolos en parangón con otros datos, irrecusables también sin duda alguna, importados de Francia, demuestran lo poco que en nuestro país arraigan las conquistas de la civilización moderna, y lo importante que es que al cabo nos dejemos conquistar por semejantes conquistas.

Movida de su proverbial patriótico deseo *La Epoca* busca a Francia para modelo en el asunto importante de que tratamos. Francia, sin duda, marcha a la cabeza de la civilización moderna (véase la proposición 80 del *Syllabus* de Pío IX) y razón es que nosotros tomemos a Francia por modelo de todo, especialmente cuando se trata de marchar, si no a la cabeza, a la cola de la civilización moderna. Francia, país de bendición y felicidad, verdadera Jauja del siglo XIX, gasta menos que España, según *La Epoca*, para el sostenimiento del Culto y Clero; y eso que Francia cuenta 57 ó 58 millones de habitantes: de los cuales 50 son católicos, y España solo cuenta 15, entre los cuales hay algunos que no son completamente católicos. Esto no lo dice *La Epoca*, pero bien podía decirlo sin inconveniente. ¿Y por qué Francia ha de ser en este punto modelo de España? ¿Qué razones filosóficas, filológicas, históricas ó topográficas encuentra *La Epoca* para ello? Por nuestra parte solo vemos una razón, y es que no es razón de analogía, a saber: que en Francia hay libertad de cultos y en España no. Mas claro es que semejante razón tiene fuerza para demostrar que España en lo tocante al Culto y Clero no puede tomar ejemplo de ningún país sino de Roma. España goza por merced divina de un privilegio que nunca sabemos apreciar bastante, el de la unidad de cultos; y este privilegio la coloca en una situación especialísima que, según hemos indicado, solo tiene parecido en Roma.

Así que *La Epoca* debía poner a Roma por modelo y no a Francia, porque ninguna fuerza tiene la comparación cuando falta analogía en los términos. Pero ya se ve, Roma no es la ca-

pital del mundo civilizado, sino sencillamente la capital del mundo católico; no marcha a la cabeza de la civilización moderna, y por el contrario ha tenido la imprudencia de condenarla. ¿Cómo, pues, ha de ser Roma modelo en una cuestión tan importante como la del culto y Clero? No, a fe; Roma no sirve de modelo sino cuando conviene propagar, por ejemplo, la mentira de que allí hay libertad de cultos, ó cuando conviene repetir la estúpida y calumniosa frase de *Roma veduta, fede perduta*, ó pura y simplemente cuando conviene. Francia ya es otra cosa; puede servir de modelo para todo, absolutamente para todo y en cuestión de catolicismo oficial mas que en nada. Mas ¡oh flaqueza del humano entendimiento! aun agazapándose tras el modelo de Francia no ha logrado *La Epoca* hacernos callar, y menos aun hacernos creer en la irrecusabilidad de los datos que presenta.

El primero de ellos es el presupuesto para todos los gastos del culto que, según *La Epoca*, en Francia ascienden a 201 millones y pico, y en España a 202 y pico; esto es, un millón de diferencia. Pero advierte *La Epoca*, como de pasada, que en la cifra de España ha incluido las pensiones de regulares, estas pensiones que figuran entre las clases pasivas. Y preguntamos nosotros: ¿qué tienen que ver los gastos del culto con las clases pasivas? Además, ¿ignora *La Epoca* que los regulares reciben pensiones por razón de sus propios bienes, y que según van muriendo aquellos van disminuyendo estas? ¿A qué fin, pues, incluir los 11.067.850 rs. que importan las mencionadas pensiones entre los gastos del culto? ¿Es con el fin patriótico de aliviar las cargas del Estado sin mengua del esplendor del culto y sin perjuicio de que se hagan todas las concesiones posibles? ¿Es para demostrar concluyentemente que *La Epoca* es católica de corazón, por mas que no se cuente en el número de los que significan sus sentimientos religiosos, trayendo contra todas las conquistas de la civilización moderna? Pues a fe que si tal quiere demostrar, logra su propósito admirablemente. Nadie habrá que dude de sus palabras, inspiradas por el más puro patriotismo y por el Catolicismo más cordial. Sobre todo, cuando siguiendo el hilo de la irrecusabilidad de los datos que presenta, tropieza el lector con este párrafo:

«En España tenemos 55 Prelados y un Obispo auxiliar, cuyas dotaciones suman rs. vn. 5.194.000. Como se ve, no es excesivo el número de catedrales en España, aunque su establecimiento parece que debería arreglarse al número de provincias en cuanto fuese posible.»

El cual párrafo nos ha traído a las manos este otro que la misma *Epoca* escribió no há muchos días:

«Tampoco puede negarse que una nueva demarcación eclesiástica, verificada con el necesario acuerdo de la corte pontificia, reduciría considerablemente el presupuesto de Culto y Clero, pudiendo suprimirse aquellas diócesis que no son absolutamente indispensables.»

¿Palmaria contradicción! Ayer pedía *La Epoca* la supresión de aquellas diócesis que no son absolutamente indispensables, con lo que significaba que había un número excesivo de catedrales: hoy confiesa con la misma serenidad que ayer daba a entender lo contrario, que no es excesivo el número de catedrales en España. *La Epoca*, en su afán constante y patriótico de buscar datos para demostrar que es católica de corazón, se ha encontrado con que en relación a Francia y a nuestro propio país, el número de catedrales en España está muy lejos de ser excesivo, y muy lejos de que pueda disminuirse sin perjudicar notablemente al culto, a la piedad y a las creencias. Continuemos viendo la irrecusabilidad de los datos que presenta *La Epoca*.

Habla del número total de eclesiásticos en España, y parte del último censo oficial correspondiente al año 60; trátase de Francia y parte del presupuesto. ¿Qué motivo hay para no tomar también por base el presupuesto de España, ó el censo oficial de Francia? El motivo es obvio; porque hay muchos eclesiásticos en España que no cobran del presupuesto aunque figuran en el censo, y en Francia muchísimos frailes que figuran en el censo aunque no cobran del presupuesto. De modo que lo mejor para conseguir el intento de *La Epoca* es confundir los términos, barajar palabras y números y luego presentar el resultado que más convenga, todo, claro está, movida por el deseo constante y patriótico de aliviar al Estado sin dejar de tener el catolicismo en el corazón.

Añade a renglón seguido el periódico conservador una lista de sacristanes, monaguillos, campaneros, cantores, pertigueros, etc., que no hay más que pedir. En esa lista hemos echado de menos alguna gente, que no hubiera dejado de elevar el número de personas eclesiásticas; por ejemplo: los barrenderos de las iglesias, los enterradores, los pobres de San Bernardino que acompañan los ferretos, los mendigos que piden a las puertas de los templos, con su chapita de

bronce, los sirvientes de los Curas, y otra porción de personajes a este mismo tenor.

Elévase luego *La Epoca* hasta el alto Clero, y aquí confunde Cánones de oficio y de gracia y beneficiados de todo género, mientras que en lo tocante a Francia sólo cita los Cánones en general y los Vicarios generales de las metrópolis, que son muy pocos naturalmente.

Pero no es esto sólo: *La Epoca*, para demostrar la irrecusabilidad de sus datos y el exceso que con relación a Francia se nota en el presupuesto del Clero catedral de España, no sabemos si llevada de su cordial catolicismo ha incluido en aquel presupuesto los 5.194.000 rs. de las dotaciones correspondientes a los reverendos Prelados, que la misma *Epoca* acababa de citar separadamente como han visto más arriba nuestros lectores. De este modo saca una cifra de 28 millones de reales; casi el duplo que en Francia; ¿pero cómo serán los datos de Francia cuando en los de España se nota tal inexactitud y confusión?

No digamos nada del Clero parroquial donde *La Epoca* ha incluido los individuos del beneficio parroquial que se hallan en caso parecido al de los ex laicos, esto es, que mueren y no son repuestos; en los gastos de material ha incluido Seminarios, Escuelas Pías, instituciones de beneficencia, todo lo que le ha convenido en fin, para hacer subir los gastos del culto y Clero. Véase si tiene algo que ver el culto y Clero con las monjas de caridad y los institutos de enseñanza.

Bástanos esto para demostrar hasta qué punto llega la irrecusabilidad de los datos de *La Epoca*, cuál es el deseo constante y patriótico que la anima, de qué modo es católica de corazón y cómo promueve las cuestiones de verdadero interés para el país y para el Catolicismo. ¡Ah! *La Epoca* conoce bien o cree conocer por lo menos el público con quien trata, sabe que es fácil ofuscarlo con palabras suaves y datos irrecusables; pero debía saber también que cuando se trata de basar la verdad y de rendir culto a la justicia, no se escriben artículos como el que hemos tenido el sentimiento de combatir.

VALENTIN GOMEZ.

La importancia de las sesiones verificadas en el Senado y en el Congreso, y el deseo de que nuestros lectores conozcan íntegro el discurso del Sr. Nocedal, nos impiden manifestar la opinión que hemos formado sobre este documento. Mañana, Dios mediante, escribiremos sobre ello. Por lo demás, nuestros lectores nos agradecerán de seguro el que en vez de nuestras apreciaciones insertamos hoy íntegro aquel discurso.

El Excmo. señor Arzobispo de Granada ha dirigido a los fieles de su diócesis una sentida pastoral, dándoles a conocer la bellísima carta que el Venerable Pontífice acaba de escribir a S. E., el amor, gratitud y respeto con que ha recibido esta distinción del Padre Santo y por último, su próximo viaje a la ciudad eterna.

Con este mismo objeto ha dirigido también el Ilustrísimo señor Obispo de Palencia otra pastoral al Clero y pueblo de su diócesis, en cuyo documento sobresale el amor de este Prelado hacia el sucesor del príncipe de los Apóstoles. Tanto el muy reverendo Arzobispo de Granada como el reverendo Obispo de Palencia, desean llevar alguna limosna al Vicario de Jesucristo, y excitan con este motivo la caridad de los diocesanos.

Las Cámaras inglesas siguen tratando la cuestión de reforma del ritualismo anglicano, como medio de contener los progresos que la religión católica está haciendo en la Gran-Bretaña. El miércoles se celebró además un meeting en Kilburu, bajo la presidencia de Donald Licoll, con el objeto de poner fin a la predicación de la doctrina de la Iglesia Romana y a la práctica de las ceremonias del culto católico. Según dicen los periódicos de Londres, la Asamblea fué sumamente numerosa y, llena de entusiasmo, manifestó por aclamación la necesidad de que todos los protestantes anglicanos se unan para conjurar los adelantos de la Iglesia Romana.

Hé aquí el modelo de la libertad que protesta el liberalismo.

En la votación de la proposición del Sr. Nocedal, que ayer tuvo lugar en el Congreso, no tomaron parte noventa y siete diputados, que fueron los señores siguientes:

—Gual de Torrella.—Cerdá.—Benito Guillén.—Uceta.—Olazabal.—Larios.—Conde San Juan.—Rivas.—Panchon y Macías.—Paz.—Gomez Ingenuo.—Nacario Brabo.—Ortiz de Zárate.—Gonzalez Regueral.—Gil.—Martínez Vinales.—Barón de Llauro.—Fernandez de Velasco.—(D. Eusebio).—Pedraja.—Esponera.—Lineros.—Amorós.—Zurbano.—Esteban.—Concha Castañeda.—De Blas.—Dominguez.—Fernandez Espino.—Valarino.—Isasi.—Isasmendi.—Martín y Miquel.—Teresa y Amorós.—Valero

y Algora.—Fortuny.—Bonaplata.—De Diego.—Sierra.—Molano.—Manglano.—Rodríguez Arias.—Lopez Ayala.—Danvila.—Brunet.—Escribá de Romani.—Dorado.—Lirio.—Villanova.—Jarava.—Casnovés.—Villoslada.—(Nuestros lectores saben que está ausente).—Marqués de Sardoal.—Marqués de la Encomienda.—Castillo (D. Francisco).—Camps.—Marqués de Gonzalez.—Gusi.—Saavedra.—Marqués del Saltillo.—Vizconde de la Villa de Miranda.—Cecilia.—Silva (D. Vicente).—Cánovas.—Conde de Triguera.—Mena Marquez.—Gonzalez Ciezar.—Conde de Torre Arce.—Cedrua.—Pelaez Campomanes.—Barón de Escriche.—Lorenzana.—Moraza.—Arrecheche.—Sanchez Lamadrid.—Otal.—Marqués de Casa-Ramos.—Alcon.—Villanueva.—Nougués.—De Juan.—Gutierrez de los Rios.—Guerra.—Loring.—Castillo (D. Cristóbal).—Ojeto (D. Francisco).—Marín Blazquez.—Conde de Cazaña.—Marqués de Montoril.—Barona.—Gimenez.—Moyano.—Anton.—Arias.—Perez San Millan.—Fiballer.—Mendez Alvaro.—Melgarejo.—Cervero y Valtierra.

Total, 97.

Por el ministerio de la Guerra se publica hoy en la Gaceta las siguientes líneas:

«Además de los 875 individuos de la clase de tropa que se han presentado a las autoridades españolas acogiéndose al Real decreto de indulto de 24 de Abril último, lo han verificado al comandante general de la division militar de Extremadura dos individuos procedentes de Portugal, y ocho de Francia al comandante militar de Irún, que componen un total de 885 indultados hasta ayer 20 de Mayo de 1867.»

La comisión del Congreso que entiende en el examen de la incompatibilidad de varios diputados que son funcionarios públicos; leyó ayer un dictamen declarando compatibles los cargos que ejercen los Sres. Valero y Soto (D. Juan y D. Mariano), Cardenal, Botella (D. Francisco), Fonseca, Ródenas, Sanz, Cervero, Gaya, Manresa, Gutierrez de los Rios, Belda, Perales, Catalina, Anduaga, Gonzalez Regueral, Fuentes, Fernandez Espino, Peironet, Gisbert, Tró, Coronado, Gonzalez, Arnao y Narrajo.

La mayoría de la comisión ha declarado también compatible el cargo que desempeña el Sr. Mas y Abad; los Sres. Mendez Alvaro y Tabil de Andrade, forman voto particular. En contrario, y se declara vacante el cargo de diputado por Lérida, de que se halla investido el Sr. Bonafox, por ser incompatible con el cargo de gobernador y no haber optado en tiempo oportuno por uno de los dos.

Dice La Correspondencia:

«Del miércoles al jueves se leerá en el Congreso el dictamen sobre las cuentas generales del Estado, en cuyo asunto el Sr. D. Agustín Estéban Colantes se propone terciar, pronunciando un discurso, que sus amigos esperan sea muy importante.»

Mañana formulará el Sr. Gisbert una proposición relativa a la importante cuestión de cereales.

Se han recibido en Málaga varias partidas de trigo del interior que han contribuido a abaratar tanto importante artículo en el mercado de aquella plaza.

El sábado por la mañana salió del puerto de Cartagena, con dirección a Poniente la corbeta de guerra *Ferrolana*.

También salió por la tarde con destino a Málaga el vapor de guerra *Vigilante*, conduciendo varios individuos de transporte.

La venta de tabacos produjo en el ejercicio de 1862 y seis primeros meses del 63, por todos conceptos, incluyendo los derechos de regalia y comisos y productos de fabricación, 499.496,562 reales.

Se ha dispuesto que entre a ocupar número en la clase de jefes de escuadra el supernumerario D. Juan Bautista Lazaga, y en la de brigadieres D. Claudio Alvargonzalez, que también es supernumerario.

Se ha presentado el cólera en Buenos Aires y en todas las ciudades de la costa, extendiéndose hasta Corrientes.

Ayer se celebró la subasta para el arrastre de tabacos y papel sellado. La casa del Sr. Velasco, que durante tres años ha hecho este servicio por 16 céntimos arroba y legua, ha vuelto a contratarla por algo menos de 11. La Hacienda experimentará un notable beneficio.

Dice La Epoca:

«Ayer se dijo que habían llegado cartas de la Habana manifestando que si no se restablecía el general Manzano tal vez se vería obligado a renunciar su alto cargo; pero personas que pasan por bien informadas aseguran que la dolencia del capitán general de la isla de Cuba fué pasajera, y que se disponía a poner en planta las reformas decretadas por el señor ministro de Ultramar.»

Los periódicos de Sevilla anuncian la llegada de un ingeniero inglés, costado por la diputación provincial, con el objeto de divulgar el conocimiento ó el manejo de las más importantes máquinas importadas del extranjero.

El señor ministro de Gracia y Justicia presenta-

rá mañana en el Senado el proyecto de ley sobre inquilinatos, que había sido retirado.

Un periódico de Lugo dice que ha sido robada la iglesia parroquial de Soto y Amio, partido judicial de Murias de Paredes, llevándose los criminales muchas alhajas de plata, un incensario de metal y algunos paños para la celebración del sacrificio de la Misa.

También un periódico de Valencia da cuenta de un robo cometido estos últimos días en la iglesia de Gilet, de donde se llevaron los ladrones el copon con las sagradas formas y varias alhajas. Ademas robaron al Cura de la población, dejándole sin recursos.

Una misión compuesta de Padres jesuitas ha llegado a Berja, procedente del convento de San Ignacio de Loyola, establecido en el puerto de Santa María.

En la anchurosa plaza de Berja es donde predicaban todas las noches los Padres jesuitas, desde un balcón habilitado de púlpito.

En el Ganjar hay otra misión italiana llamada Redentorista.

Dicese que la antigua asociación para la reforma arancelaria será oída por medio de algunos de sus individuos en el seno de la comisión que entiende en la cuestión papelera.

CORTES.

SENADO.

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SEÑOR DON MANUEL DE SEJAS LOZANO.

Extracto de la sesión celebrada el día 20 de Mayo de 1867.

Se abrió la sesión a las dos y veinte minutos, y leída el acta de la anterior, fué aprobada.

El Senado quedó enterado de que los señores marqueses de Guad-el-Jeld, D. Juan Chinchilla, Arzobispo de Valladolid, conde de Zamora de Riofrio y marques de Camarasa participaban su marcha de esta corte.

Igualmente lo quedó de que la comisión que entiende en el proyecto de ley de canalización del Ebro había nombrado presidente al Sr. D. Alejandro Olivan, y secretario al Sr. D. Juan Bautista Triplita; y de que la encargada de informar en el de autorización al Gobierno para arreglar con intervención de la Santa Sede las capellanías colativas había elegido respectivamente para dichos cargos a los señores D. Ventura Gonzalez Ramero y D. Domingo Moreno.

ORDEN DEL DIA.

Segunda lectura y apoyo de la proposición suscrita por el señor marqués de Roncali y otros.

El señor marqués de RONCALI: No es esta, señores senadores, la vez primera en que la Cámara se ve llamada a discutir la importantísima cuestión de la reforma de su reglamento, ni tampoco en que la opinión, desuenda de todo espíritu de partido, haya dado a conocer la necesidad de procurar, en bien del país, las mejoras posibles en las disposiciones que regulan el orden de proceder en los Cuerpos Colegiados. Desde tiempos muy remotos hasta nuestros días se ve una marcha progresiva hacia el logro de tan importante fin, y al partido progresista corresponde el primer paso dado en esa senda.

Era el año 1837 cuando ese partido monárquico-constitucional había prestado un tributo de reconocimiento a los verdaderos principios del derecho público europeo, haciendo el sacrificio de la Cámara única y sentando las bases del sistema de las dos Cámaras; y la primera consecuencia de esta importantísima innovación fué la reforma del reglamento, el abandono de reglas, principios y prácticas que se habían perpetuado desde 1810 hasta aquella época; pues lo que había servido de norma para el régimen de una sola Cámara mal podía adaptarse al sistema de dos Cuerpos Colegiados.

Pero hay más: esas mismas reglas llevaban impreso en sí el espíritu de gobierno, porque el elemento de gobierno y el legislativo venían confundidos desde aquella época remota, desde la época gloriosa de la Independencia, cuando las Cortes reconcentraron en su mano todos los poderes: aquella Asamblea legislativa y gobernaba la Regencia; el poder ejecutivo obedecía, cumplía, ejecutaba. Y ese espíritu de gobierno, enlazado con el elemento legislativo, llegó en gran parte a la segunda época constitucional de 1820.

Pero venimos al tercer periodo, y lo primero que se nos presenta es el sistema del Estatuto: concesión espontánea este de la Corona, también fueron obra suya los reglamentos por que habían de regirse uno y otro Cuerpo. Aquel sistema desapareció muy pronto; y restablecida la Constitución de 1812 el partido progresista, como he indicado ya, estableció las dos Cámaras; eran ya necesarios nuevos reglamentos, y se hicieron: el Congreso formó el reglamento de 1837, y aun no habían pasado seis meses cuando ya estaba reformado. A esta reforma se siguió luego una adición. En 1844 se hizo un nuevo reglamento: después siguen modificaciones importantes, en términos que llegaron a formar un importantísimo apéndice.

El Senado, misto de iniciativa popular y de nombramiento Real, forma también su reglamento en 1838, y tres años después se hace otro reglamento. En 1847, a consecuencia de la reforma de la Constitución de 1845, se dicta un nuevo reglamento, que también desaparece. Una persona ilustrada, alocucionada por la experiencia que adquirió presidiendo nuestras deliberaciones durante algunos años, propuso importantes modificaciones que se adoptaron desde luego, sentándose el principio de nombrar una comisión que propusiera más reformas. Se hizo así, y la última reforma tuvo lugar en la legislatura de 1865 a 1866.

Aquí señores, no puede pasarse en silencio un hecho importantísimo que pertenece a la historia. Hace tiempo, señores, se dio a conocer una escuela política, compuesta de hombres de indubitable capacidad, y cuyo patriotismo no puede ponerse en duda, que creyeron que las disposiciones reglamentarias de los Cuerpos Colegiados debían ser objeto de una ley, y así se consignó en la reforma constitucional publicada en la Gaceta en tiempo del Sr. Bravo Murillo. Desapareció aquel Gabinete, y el que le sucedió, reduciendo algo las proporciones de la reforma, presentó un nuevo proyecto, en el que permaneció el principio de que los reglamentos debían ser objeto de una ley; pero aquel proyecto no llegó a discutirse.

Más tarde otro ministerio retiró todo: sobrevino la revolución y el período constituyente: mas antes de que la obra que en él se había preparado para el régimen político de los españoles recibiese el primer soplo de vida, ya estaba restablecida la Constitución de 1845. Entonces vino el período que yo llamaré de restauración, el del ministerio del señor duque de Valencia en 1850.

Este ministerio, inspirado por un sentimiento de alta conciencia, limitó a lo más preciso la obra de la reforma constitucional; pero consignando en ella también que los reglamentos habían de ser objeto de una ley. Se aprobó; se llevó a efecto en una parte y en lo relativo a los reglamentos; habiendo desaparecido el Gabinete que propuso la reforma, el que le sucedió no presentó la ley que estaba en consonancia con ese principio.

Sentados estos precedentes, estamos en el caso de venir al examen o apoyo de esta proposición. Ante todo debo hacer una protesta: la reforma de 1857, que ha pasado a la historia, que la juzgaré, ha desaparecido desde 1846, y ninguno de los firmantes de esta proposición intenta hoy su restablecimiento; lo que nos ha guiado ha sido un sentimiento de perfecta conciliación.

Aquí se consagra el principio consignado en el artículo 28 de la Constitución que rige, por el cual corresponde a cada uno de los Cuerpos Colegiados establecer su régimen interior. Otras escuelas querían que fuese objeto de una ley. Se abandona este sistema, y se propone tan solo ejercitar el derecho que tiene el Senado; sin sacrificar nada, pues todas las facultades de que usan los señores senadores en virtud del reglamento vigente hoy, se consiguen en el proyecto que hemos presentado, si bien con algunas solemnidades que aseguran el éxito y añaden el mejor resultado.

Y no cabe duda, señores, acerca de la necesidad que hay de esta reforma, porque hablan en su favor tantas voces elocuentes y tantos hechos consignados en la historia desde el año de 1837. Tampoco puede negarse que hace mucho tiempo hay en la opinión pública un grito general que pide resultados fecundos y ventajas positivas para el país en las discusiones legislativas, y de seguro que no pueda olvidarse lo acontecido en este y el otro Cuerpo Colegiado, donde en muchas discusiones de todo se ha hablado menos de los intereses legítimos y permanentes del país: todo ha sido para la política y los partidos.

Se ha dicho que este proyecto obedece a un sistema político preconcebido, y por parte de los firmantes de la proposición no hay más que el ejercicio de un derecho consignado en la ley fundamental del Estado; y para dar una prueba de ello, bastará una explicación de los caracteres generales de la reforma que hoy se presenta al Senado.

Lo primero que quizá haya parecido extraño es el nombramiento de los comisiones por el alto Cuerpo reunido; pero qué han sido las secciones? Una importación francesa, condenada por los mismos hombres más importantes de la escuela doctrinaria, incluso Royer Collard; y por otra parte, nosotros dejamos las secciones para aquello que sea de utilidad.

No sé si habrá alguien que encuentre extraño el ensaño de las atribuciones dadas al presidente; pero, señores, el presidente de la Cámara es la Cámara misma, y el poder y la gloria del presidente son el poder y la gloria del Senado.

Hay además una innovación de que se habla mucho fuera de aquí: la de los comisarios, que se dice es una importación del vecino imperio, sin considerar que hace más de 50 años se introdujo esto en España por los Sres. Martínez de la Rosa y conde de Toreno, tomándolo del régimen parlamentario de Francia.

Respecto al debate sobre la contestación al discurso de la Corona, es preciso tener presente que si hay una cosa que haya asombrado a la Europa entera, es la proposición que se dio en España a ese debate: pero aun en la época del sistema constitucional de Francia no se halla ninguna discusión de esa clase que haya durado la mitad del tiempo que aquí, ni siquiera la sostenida por aquella inmensa coalición, la más grande que pueda registrarse en los anales parlamentarios, reunida contra el ministerio del conde Molé. Así es que el inolvidable presidente de la Cámara popular de España, el primer marqués de Girona, fué el que la iniciativa para introducir una importante reforma en este punto, limitando el debate a la totalidad y a dos enmiendas.

Y, señores, cuando aquí no teníamos más que la Cámara única, el Monarca pronunciaba un discurso que era contestado en el acto por el presidente, sin que después hubiese otra cosa que las memorias de los secretarios del Despacho, que se discutían con los presupuestos.

He oído fúer de este sitio algunas objeciones; y aun aquí mismo en la última discusión en que el señor marqués de Molins dijo que iba a pronunciar el discurso número 30, he oído a una persona de indubitable talento y grandes conocimientos decir que esto era abrir de nuevo el período constituyente, cosa que no se comprende, puesto que la Constitución permanece intacta y nada se indica contra su art. 28.

También se ha dicho algo del predominio de la mayoría. La verdad, señores, es, que se ha exagerado bastante el principio de que los reglamentos debían estar hechos completamente en favor de las minorías, porque si bien deben favorecer a éstas, no han de ser tampoco un obstáculo para la mayoría; y es necesario establecer un perfecto equilibrio para que el Gobierno pueda gobernar, y lograr la mayoría que las tareas legislativas sean fecundas en resultados y ventajosas a la causa pública.

Uno de los resultados que se obtendrán será el que llegue un día en que los presupuestos puedan discutirse y que la prerrogativa que tiene el Senado de discutir los presupuestos no sea ilusoria como hasta ahora, pues ha sido lo que en la antigua Monarquía francesa era el sistema de los Parlements, que no carecen de gloria en la historia, los cuales se limitaban a registrar en sus archivos los edictos del Monarca. Aquí no se han discutido nunca los presupuestos, ni aún las autorizaciones mismas hasta la última hora, como se vio el año pasado el día 30 de Junio, en que la comisión del Senado debía llevarlos, previa la venia de S. M., a la sanción Real.

No entraré en el examen detenido de las disposiciones reglamentarias que sostenemos al alto juicio del Senado, porque no es de este momento el hacerlo. Si el Senado se digna tomar en consideración la proposición, se nombrará una comisión que las examine, y después se discutirán aquí. Me he limitado a exponer sencillamente las razones principales que nos han movido a dar este paso, y creo haberlo hecho sin pasión y con templanza. Si el Senado no aceptara la proposición, yo, como siempre, acataré profundamente su fallo, quedándome la satisfacción de haber obrado a impulsos de una convicción íntima, completamente desinteresada, y de un sentimiento de puro patriotismo.

El señor ministro de la GOBERNACIÓN: Señores, el Gobierno agradece al señor marqués de Roncali y demás firmantes de la proposición el uso que han hecho de su iniciativa en asunto tan importante. El curso que habían llevado las discusiones parla-

mentarias, y la manera cómo los señores diputados y senadores habían usado de sus prerrogativas, no podían menos de llamar la atención del Gobierno; el que tiene la honra de dirigir la palabra al Senado, no ahora, sino en los primeros años de su vida pública, encontró siempre que los reglamentos de una y otra Cámara estaban concebidos en un espíritu contrario al principio fundamental de las Monarquías constitucionales. (Interrupción.) Advierto que algunos señores senadores como que se asombran de lo que estoy diciendo. Pues bien: cuando entremos en los debates explicaré esto evidentemente.

De paso diré que la esencia de los Gobiernos constitucionales consiste en la eficacia de la resolución de los Parlamentos en sus relaciones con el Gobierno, y que esta eficacia no puede existir sino en cuanto las mayorías tengan la completa dirección de la política dominante: así sucede en Inglaterra, donde las mayorías resuelven y realizan los sistemas de los Gobiernos, mientras que las minorías exponen los cargos y censuras contra los actos y sistemas dominantes: a esto se limitan, y con esas manifestaciones labran la opinión pública, que una vez modificada desplaza de su fuerza moral a las mayorías, dando origen a los conflictos conocidos por todos, cuyo término es la disolución del Parlamento o el cambio de ministerio.

La falta de que adolecen los reglamentos de nuestras Cámaras, lo advirtió el Gobierno; pero como la cuestión era gravísima y de prerrogativa de los Cuerpos colegiados, se propuso animar por donde pudiera legítimamente el espíritu de las personas con quienes estaba sobre este punto identificada su opinión, facilitando que los Cuerpos colegiados propusieran en el sentido perfectamente constitucional un proyecto de reforma. Y bien: una vez suscitada la cuestión, ¿habré yo de tratarla ahora? No por cierto. Cúmplenos sólo decir en nombre del Gobierno de S. M. que este se adhiere a la proposición presentada; que en opinión de aquellos que en un tiempo han creído que estos reglamentos debían ser objeto de una ley hay mucho de verdad, porque por una parte los reglamentos fijan el uso que habéis de hacer de vuestras prerrogativas, y por otra parte establecen relaciones con el Gobierno, imponiéndole obligaciones respecto a las cuales no ha sido oído, siendo de toda justicia que esto se haga como por una especie de pacto entre el mismo Gobierno y el espíritu del país legítimamente representado en estos bancos. Quier edecir, que esto es una opinión digna de estudio; y no negareis que algo ha habido de ineficaz, de embarazoso y de dilatorio en las discusiones de ambos Cuerpos, que ha enervado la acción gubernamental en muchos casos.

La cuestión, pues, es árdua y debe resolverse; y como esta es una ocasión oportuna, el Gobierno espera que el Senado la trate con alta y elevada imparcialidad, y se promete que los debates demostrarán que, lejos de perder el principio aquí representado, gana depurándose y concentrándose en donde debe estar concentrada la verdadera acción y el verdadero movimiento de las opiniones del país.

Hecha acto continuo la pregunta de si se tomaba en consideración la proposición objeto del debate, se pidió por suficiente número de señores senadores que fuera nominal la votación; y verificada esta, resultó tomarse en consideración por 92 votos contra 58 en la forma siguiente:

Señores que dijeron sí: Duque de Valencia.—Calonge.—García Barzana.—Arzola.—Orovio.—Gutiérrez de Rubalcá.—Castro.—Ruiz de la Vega.—Cabeallero.—(don Antonio).—Cuetos.—Sanchez Ocaña.—Chico de Guzmán.—Marqués de Falcas.—Palma y Vinuesa.—Gallardo.—Camuza.—Conde de Villafra de Bañin.—(don Miguel).—Rentero y Villa.—Aristizábal.—López Vázquez.—Larios.—Calonge (D. Manuel).—Moreno (D. Domingo).—Blaser.—Villalaz.—Fernández San Román.—Marqués de Roncali.—Rivera.—Mayalde.—González Romero.—Aranda.—Conde de Sevilla la Nueva.—Conde de la Cañada.—Marqués de Montevirgen.—Mendoza Cortina.—Marqués del Puerto.—Beruete.—Obispo de Cartagena.—Revagliato.—Marqués de Manzanedo.—Sanz (D. Laureano).—Marqués de O'Gavan.—Martínez de Espinosa y Tacon.—Oliván.—Soria.—Limónia.—Estrada.—Marqués de San Gil.—Obispo de Almería.—Vincent y Vives.—Castro y Rojo.—Zapatero y Navas.—Baron de Cortés.—Marqués de Viluma.—Conde de Velarde.—Marqués de Casa-Pabon.—Expeleta (D. Fermín).—Campo.—Conde de Goyeneche.—González Elipio.—Marín Barnevo.—Marqués de Villaseca.—Marfori.—Trupia.—Marqués de Albranca.—Conde de Torre-Marín.—Conde de Guendulain.—Conde de la Peña del Moro.—Marqués de Villamagna.—Marqués de Madela.—Marqués de Castañeda.—Ruiz Tagle.—Souza.—Benavides.—Escudero.—Conde de Superunda.—Duque de Medinaceli.—Eguizabal.—Marqués de Valdear.—Conde de Florida.—Conde de Roca.—Conde de Torres Cabrera.—Conde de Villanova de la Barca.—Tejada.—Conde de Casa-Ruil.—Marqués de Castilleja del Campo.—Lara.—Duque de Moctezuma.—Duque de Baena.—Sevilla.—Señor presidente.

Total, 92.

Señores que dijeron no: Duque de Alameda.—Marqués de Molins.—Duque de Sexto.—Marqués de Horedia.—Llorente.—Marqués del Duero.—Marqués de la Habana.—Fernández Lascoiti.—Ortiz de Zúñiga.—Marqués de San Saturnino.—Barrenechea.—Sierra y Cardeas.—Monares.—Carramolino.—Iriarte.—Cuenca.—Marqués de Santa Cruz de Rivadulla.—Suarez de Deza.—Duque de Gor.—Conde de Zaldivar.—Marqués de Mendigorría.—Duque de Abrantes.—Rodríguez Vaamonde.—Sierra (D. José María).—Conde de Vegamán.—Sanchez Silva.—Escudero y Azara.—Conde de Santibañez.—Duque de Tamames.—Conde de Balazote.—Conde de Expeleta.—Echagüe.—Marqués de Castellanos.—Osca.—Goicoechea.—Sierra Pambley.—Chacon y Duran.—Marqués de Corvera.—Marqués de Altare.—Muechada.—Luxán.—Marqués de Valdeharriz.—Infante.—Marqués de Hoyos.—Retorillo (D. Francisco).—Duque de Alba.—Conde de Irujo.—Santa Cruz (D. Francisco).—Marqués de la Serna.—Marqués de Sierra-Bullones.—Pastor.—Calderon y Collantes.—Marqués de Morante.—Duque de Bailen.—Portilla.—Barrantes.—Conde de Ripalda.—Conde Guauqui.

Total, 58.

El señor PRESIDENTE: Esta proposición pasará a las secciones para el nombramiento de la comisión que ha de informar acerca de ella.

El Sr. SANCHEZ SILVA: Voy a dirigir una ligera intersección al señor ministro de Fomento, relativamente a un hecho que perjudica mucho al público y choca contra la ley sobre el servicio de ferrocarriles. Los arts. 34, 35 y 36 de la misma disponen que cuando existan algunos trayectos que en una larga línea pertenezcan a diversas empresas, estas se pongan de acuerdo entre sí para que el servicio se haga sin solución de continuidad. Esto no se cumple en España en muchas líneas, con los coches de segunda y tercera clase, pudiendo citar por ejemplo la línea de Madrid a Cádiz.

Y como la ley dice también que el Gobierno obligue a las empresas a que cumplan lo establecido, yo declaro que en algunas líneas no se puede hacer el viaje seguido de un extremo a otro sino en coches de primera clase. Donde hay dos expediciones diarias se conchibe que el correo no lleve coches mas que de primera; pero donde no hay mas que un tren que recorra toda la línea es preciso obligar a las empresas a que ese tren conduzca coches de todas clases.

El señor ministro de FOMENTO: Señores, lo que el Sr. Sanchez Silva llama falta de servicio en nuestros ferrocarriles, pasa lo mismo en el extranjero.

Ha sentido S. S. el ejemplo del viaje de Madrid a Cádiz, y es preciso que S. S. comprenda que hay que combinar los viajes diarios que se hacen con

tres distintas compañías; y a imitación de lo que sucede en el extranjero, está acordado que el tren correo no arrastre más que coches de primera clase para facilitar su mayor velocidad. En cuanto a los viajes ordinarios con coches de todas clases, siempre hay dificultades para poder concertarse las diferentes compañías poseedoras de la línea general. De todos modos, yo excitaré a las empresas a que hagan todos los esfuerzos posibles a fin de que el público sea servido con toda perfección.

Respecto a que en todos los trenes vayan coches de todas clases, eso no lo puedo prometer, porque no puedo evitar que en España se haga lo que se verifica en otros países consultando los intereses de las diferentes compañías.

El señor PRESIDENTE: No habiendo asuntos en estado de discusión de que poder ocuparse el Senado, se avisará por papeletas para la primera sesión.

Se levanta la de este día.

Eran las cuatro menos cuatro.

CONGRESO.

PRESIDENCIA DEL SR. BELDA.

Extracto de la sesión celebrada el día 20 de Mayo de 1867.

Abierta a las tres, se leyó y fué aprobada el acta de la anterior.

El Sr. FERNANDEZ DE VELASCO (D. Fernando): Me voy a tomar la libertad de dirigir una pregunta al Gobierno de S. M.

Se ha repartido a los señores diputados un papel redactado sin duda por algún amigo ocioso del Gobierno, en el cual se lee lo siguiente: «En la sesión del lunes 20, a primera hora, apoyará el Sr. Nocedal, según ha anunciado, la proposición que tiene presentada sobre incompatibilidades. Se ruega a los señores diputados que apoyen la política del ministerio que se sirvan concurrir a primera hora a la sesión de dicho día, y favorecer con su voto la opinión del Gabinete en este asunto.»

Esta opinión del Gabinete no ha sido todavía manifestada a la Cámara, y el Gobierno desde luego no tendrá conocimiento de este hecho, porque su elevación está por encima de estas pequeñeces.

Pero yo le pregunto si tiene noticia de si algún amigo suyo ocioso nos ha dirigido este papel. Y pregunto además a qué lo ha hecho qué idea tiene de la elevación de carácter de los diputados, y de la dignidad e independencia del Congreso.

El Sr. FERRER DE LA TORRE: He pedido la palabra para presentar una exposición que dirigen al Congreso otros 67 propietarios de la villa de Vinuesa, en que he nacido y donde radica el modesto patrimonio que heredé de mis padres, quejándose de la empresa del ferrocarril de Valencia a Teragona, que después de 26 meses que tiene en explotación la vía, todavía no ha pagado el valor de los terrenos que tomó, faltando a sus compromisos y causando perjuicios de consideración. Presento además una exposición de una señora viuda de un capitán que pide mejora de pensión.

El señor marqués de SARDOAL: Yo tengo que presentar al Congreso dos exposiciones que le dirigen dos sociedades tipográficas de Pontevedra, quejándose de que se haya concedido la publicación de aquel Boletín oficial sin previa subasta, como manda la ley de contabilidad.

El Sr. SOTO: He pedido la palabra para recordar al señor ministro de Hacienda la intersección que días pasados, el 9 de este mes, le dirigí sobre los terrenos de aprovechamiento común. Concluida su lectura, el señor ministro prometió que se ocuparía del asunto y señalaría día para discutirla.

El Sr. VALERO DE TORNOS: Tengo el honor de presentar una exposición firmada por varios periodistas, impresores, editores, autores dramáticos y otros interesados en la industria de la imprenta, rogando al Congreso que deseché la proposición que he presentado para que se suban los derechos al papel extranjero.

El Sr. NOCEDAL: Señor presidente, estoy a la disposición de V. S. para apoyar mi proposición cuando me lo indique.

El señor PRESIDENTE: Cuando se presente el Gobierno usará V. S. de su derecho. Ahora se suspende la sesión hasta que el Gobierno se presente. A las tres y media se suspendió la sesión, que volvió a abrirse a las cuatro menos cuatro, hallándose ya presentes en el banco azul todos los señores ministros.

El Sr. NOCEDAL (1): Señores diputados, me levanto a sostener el proyecto de ley que acaba de ser leído en la tribuna por un señor secretario.

Cuando terminó la pasada legislatura anuncié que lo que en ella había defendido serviría de borrador para la próxima. Hoy anuncio de nuevo a vuestra consideración, que si por ventura no la tomáis hoy en cuenta, 6 más tarde dejáis de aprobarla, la vez primera que vuelva a ser diputado volveré también a proponerla a las Cortes del reino; y esta vez haré algo más: esta vez yo me presentaré a la sombra de esa bandera a los colegios electorales, y pediré a todos mis amigos lleven la cuestión al terreno de las elecciones.

Puesto caso, señores diputados, que yo fuese capaz de formar discursos con galas oratorias, prescindiría hoy absoluta y completamente de hacerlo. Hoy no necesito, dado, repito, que pudiera hacerlo, hoy no necesito convencer, necesito únicamente persuadir. Hoy es uno de aquellos días que estoy completamente seguro de tener razón, y con tener razón me basta, y no hay para qué tener elocuencia. Estoy seguro completamente de tener razón, porque la verdadera opinión pública ha acogido con aplauso este que se llama mi proyecto, que realmente no es proyecto mío, sino que es un proyecto que surge de las entrañas mismas de la opinión de todos los pueblos de la monarquía española.

Dicho se está, señores, con observar que soy yo el que defiendo este proyecto, que no se defiende en nombre de ningún partido, que no se defiende en nombre de ninguna fracción, que no se defiende en nombre de ninguna agrupación sistemática de hombres políticos; no. Cabalmente el bello ideal de los diputados que hemos suscrito este proyecto de ley es el de estigmatizar los partidos, concluir con los partidos, con las fracciones, con las agrupaciones sistemáticas de partidos, de procurar que llegue pronto el día en que cada diputado, en cada ocasión, vote según su conciencia, sin saber cómo vota el Gobierno, ni cómo vota el vecino.

Quien ha hecho de esto un bello ideal político no puede menos de comenzar protestando que no habla, lo repetiré cien veces, a nombre de ningún partido, a nombre de ninguna fracción, ni a nombre de ninguna agrupación sistemática de hombres políticos.

Dice un grande amigo mío, que reúne a su grandísimo saber una brillante imaginación y un agudísimo ingenio, que la verdadera ley de orden público que había que hacer en España, era concluir con los partidos. A mí se me ocurre que no hay camino más recto ni medio más ordenado de concluir con esa pestilencia que nos tiene completamente postrados a los ojos de Europa, a los ojos de nuestra conciencia política, que el de comenzar aprobando este proyecto de ley.

A vuestra consideración lo dejo; vosotros haréis lo que tengáis por conveniente. Yo en esta ocasión, como en las anteriores, pienso que conviene a mi patria, pienso que al cabo será ley, pienso que la reproduciré mientras no lo sea, y el país me elija para venir a ocupar este puesto.

El presente proyecto de ley, entendido bien, este proyecto de ley no es de oposición al Gobierno, no lleva en sí implícito un voto de censura, como alguno ha querido sustentar en otro terreno.

(1) Tomado del Diario de las Sesiones.

Este proyecto, ni directa ni indirectamente envuelve semejante voto de censura; ni directa ni indirectamente tiende a hacer oposición al Gobierno de la Reina. No ha meditado bien lo que ha dicho el que ha sostenido tal idea. ¿Cómo un proyecto de ley, que se somete por tercera vez a la consideración de las Cortes, que se presenta la segunda vez bajo la administración del señor duque de Tetuan, y las otras dos, la primera y la tercera, bajo la del señor duque de Valencia, un proyecto de ley que se reproduce bajo todas las administraciones, cualesquiera que sean los hombres políticos que ocupan el banco azul, se puede decir que lleva implícito un voto de censura al Gabinete actual?

Eso podrá servir en el ánimo de quien lo ha dicho para allegar votos contra el proyecto, podrá servir de extratragia para estas batallas parlamentarias. Pero extratragia, ó lo que quiera que sea, es completamente inexacto: consta a mi conciencia que es inexacto; consta a la conciencia de todos cuantos tienen costumbre de hablar conmigo, y no puede menos de constar también (al menos a mí me lo parece), allá en el fuero interno, al propio que lo ha sostenido.

No por cierto; ni es, ni puede ser voto de censura ni acto de oposición; primero, por lo que he dicho, y segundo, por el nombre de los diputados que firman el proyecto. Pues qué, ¿es de hoy cuando saben los que se ocupan en la política española, es de hoy el que yo diga que los diputados deben hacer un uso franco, abierto, de la iniciativa constitucional, y que ese uso no envuelve, ni puede envolver nunca, la aprobación ni censura de los actos del Gobierno?

¿Es de hoy esta declaración, cuando en todas las ocasiones en que siendo yo diputado se ha presentado aquí el mensaje de la Corona, he hecho un voto particular a una enmienda, en la que, lejos de seguir parrajo por parrajo todos aquellos asuntos en que el Gobierno se ha ocupado, y sobre los cuales anuncio que va a presentar proyectos de ley, yo contesté con una sola frase, con la frase siguiente: «Señora, el Congreso de los diputados examinará los proyectos que nuestro Gobierno anuncia, y sobre ellos tomará las decisiones que su conciencia le dicte.» Tal es la política que yo vengo sustentando de bastantes años a esta parte; tal es la inteligencia que vengo dando a la iniciativa de los diputados, y no hay derecho, por consecuencia, para presumir y decir en alta voz, y con un tono de seguridad pasmosa, que mi proposición lleva consigo un voto de censura.

Y dado caso que no fuera esa mi conducta en las legislaturas anteriores, ¿cuál ha sido la que he tenido, la que han tenido los que acostumbra a votar conmigo, en esta propia legislatura que estamos atravesando? En la cuestión verdaderamente política que se ha sometido a nuestra consideración, ¿ha salido de nuestros labios una sola palabra de censura ni oposición? ¿No hemos estado silenciosos? ¿No hemos corrido con nuestros votos al lado del Gobierno de la Reina? ¿No sabemos, si en la política se ocupa, que hasta se nos ha censurado por eso? Y sin embargo, nosotros, firmes en nuestro propósito, lealmente persuadidos de que obramos bien, hemos perseverado en esa conducta.

Hemos callado, he callado yo, han callado todos mis amigos en la discusión política que últimamente ocupó al Congreso, porque nosotros no debemos confundir nuestra voz con el clamoreo de los partidos, representantes más ó menos abiertos de la revolución, del liberalismo; hemos callado, porque creíamos que en esa cuestión tenía razón el Gobierno en lo esencial, en lo fundamental, en lo absoluto; hemos callado, porque juzgábamos que el Gobierno había hecho bien, perfectamente bien, y que habría hecho mal, completamente mal, si no se hubiera batido con denuedo, con grandísimo denuedo, contra la revolución clara y manifiesta; hemos callado, porque pensábamos y seguimos pensando, que el Gobierno, pasando por encima de la Constitución en todo cuanto es necesario é indispensable para vencer la revolución que se lanza a las calles, debe apelar a todos los recursos, debe apelar a todos los medios, debe incurrir en todas las responsabilidades, salvo el venir después a pedir la absolución a las Cortes. Y como eso ha hecho el Gobierno, por eso hemos apoyado lealmente, por eso damos la razón, explícitamente por ello se lo doy yo.

Que se diga después, señores, que nosotros queremos imponer de esta manera un voto de censura al Gobierno. Conste que no es cierto, conste que no puede ser cierto, conste que es una estratagemas para atraer vuestros votos, señores diputados.

Además, ¿quién no comprende (no he de faltar a mi costumbre, de todo el mundo conocida, de hablar con sinceridad completa en las cosas políticas), quien no comprende que sería de nuestra parte, que sería de mi parte contra productum hacer oposición al Gabinete? Pues si al Gabinete se le acusa de que se inclina a nosotros, y es principio axiomático de todo el mundo sabido, que las cosas se caen del lado a que se inclinan, ¿habíamos nosotros de rechazar inclinación semejante? Yo soy franco, soy sincero; pero torpe, tan torpe como eso, gracias a Dios no lo he sido todavía.

Lo recordáis, señores. Hace cuatro años que yo decía a grupos enteros, a partidos que pasaban delante de mis ojos con bandera desplegada: id con Dios, yo aquí me quedo, por aquí pasareis; y en efecto, así sucedió.

Hace dos años decía un ilustre amigo mío, una de las personas más respetables, más dignas, más elocuentes de las que se han sentado en estos bancos y de toda España, el Sr. Aparici y Guirarro: ¿no sentís la revolución que está llamando a las puertas? Y los señores diputados acogieron estas frases con sonrisas desdenosas en sus labios; y poco después la revolución dejó de llamar a las puertas, y del propio modo que la famosa estatua del Comendador, rompió las paredes y se metió en este recinto; que no otra cosa que escenas de la revolución es la magnífica campaña que tuvo que sostener el señor ministro de la Gobernación cuando la sublevación de los estudiantes, pronunciando no sé cuántos discursos por espacio de veinte días en este lugar y en otro parecido. ¿No sentís, os decía yo un día y otro, el trabajo del zapador revolucionario que está minando el terreno? Y el Congreso me oía con sonrisas desdenosas, y a poco tiempo el zapador dejó de minar el terreno, y cambiando de uniforme se presentó vestido de artillero disparando bala rasa sobre el Gobierno y la sociedad.

Cuando se confiesa que hemos acertado, cuando se confiesa que tenemos prevision ¿hemos de escoger ese momento para venir a hacer la oposición? No por cierto; no seremos tan torpes como eso. Lo cual no quiere decir, y esto importa que se advierta, esto me importa a mí también consignarlo, lo cual no quiere decir que esa bandera que pasa cerca de aquí, aunque sea la salud con grande cortesía y a veces con grande respeto, deferencia y consideración, sea la bandera nuestra; no por cierto. Si hay alguien en el país que lo imagine, que lo piense, que lo crea, conviene que desde este momento se separen, se destinen las situaciones; conviene que se sepa que nosotros aprobamos lo que el Gobierno ha hecho, pero le hacemos cargo de no haber hecho lo bastante. Aprobamos sus esfuerzos para salvar la sociedad; pero decimos: «¡lastima que ese esfuerzo que ni más ni menos hubiera sido necesario no se haya utilizado para hacer todo lo que la España necesitaba.» Yo bien sé que hay montañas a que no se puede subir de una vez, porque son muy escarpadas; sé que hay reducidos que no pueden tomarse, porque están erizados de defensas; pero sé también que cuando al fin y al cabo se da la batalla general y está franqueada la montaña y lo más penoso ha logrado vencerse, es torpeza del general, y un cargo pesa sobre su responsabilidad, de no haber subido de

una vez con fuego y bayoneta, aprovechando el entusiasmo de las huestes, hasta la cima misma de la montaña.

En tales momentos la habilidad consiste en no perder tiempo, en no tomar descanso, en no dejar al enemigo rehacerse, y en seguir a la revolución hasta sus últimas guardias, vencerla allí, desalojarla de sus últimos atrinchamientos, no dejarla paz ni sosiego; hacer todo lo que es preciso, y que debe hacerse, con soberana resolución. Y esto consiste, a mi parecer, y lo dejo a la consideración de los señores diputados y de la España, que para eso son públicas las sesiones, esto consiste en que el ilustre duque de Valencia, a quien debe el país grandes, inmensos servicios, en los tiempos pasados y en los presentes, en que el ilustre duque de Valencia tiene, a mi juicio, muy mala mano para formar Gabinetes. No sé si es mala apreciación mía, pero dado que lo sea, tengo el derecho, ¿qué digo el derecho? tengo la obligación de exponerla a mis compañeros. Es teoría que domina en los partidos militantes, y teoría que domina en estas prácticas a que todavía vivimos sujetos, la de que los ministros son responsables hasta de sus afecciones, y que el que forma el Gabinete es responsable del modo como le forma, de la manera como usa esa facultad delegada por la Corona de designar los individuos que hayan de formar el Gobierno.

Pues bien, yo digo que el ilustre duque de Valencia, a pesar de los inmensos servicios que ha prestado al país en los tiempos pasados y presentes, no presta todos cuantos pudiera prestar, porque tiene el funesto empeño de querer amalgamar dentro de una situación cosas que no pueden amalgamarse; porque no es posible poner juntos a hombres que no marchan por un mismo camino; lo cual no supone que no esté ocupado ese banco por dignísimas personas, porque lo son y me complazco en reconocerlo, todas cuantas le ocupan; lo que sí digo es que no caben juntos en ese banco. (Risas.)

A esto se contesta fácil y sencillamente. Se levanta el ministro de la Corona, y dice: «Eso que S. S. llama apreciación suya, es en efecto una apreciación; el Gabinete está perfectamente de acuerdo, sigue una marcha compacta, sin que haya en el modo de pensar de sus individuos ninguna discrepancia.» Y yo repito, y todos conmigo (podrá ser vana presunción mía, pero de ella creo que participamos muchos): *é pur si muore*. Ese Gabinete no está compacto; ese Gabinete está herido de un dualismo perjudicial a él, y perjudicial a la patria. Decidme, señores diputados: ¿habéis leído, no lo habéis de leer! el decreto que nos tiene aquí reunidos? ¿habéis leído el magnífico preámbulo que precede a aquel decreto? Decidme: ¿todas sus palabras se casan bien entre sí? Si se casaran de veras, ¿no bramarian de verse juntas al tercer día de matrimonio?

Todo el preámbulo, absolutamente todo, ó yo no tengo ojos en la cara ni luz en el entendimiento, todo el preámbulo está anunciando una reforma de la Constitución, y allí, sin embargo, está metida una frase que asegura la integridad de la actual Constitución. Se ven allí dos manos, una que escribe el preámbulo, y otra que intercala esa pequeña enmienda que desfigura todo el trabajo, y que hace al Gabinete impotente para conservar la Constitución, y para reformarla.

¿Qué ha pasado con los reglamentos? ¿Qué está pasando ahora mismo con los reglamentos de los Cuerpos colegiados? Que se admita de hecho la reforma; que se quiere hacer en efecto el adelanto y se retrocede delante del principio. Y lo que importa no es el adelanto material, sino el principio en que se funda ese adelanto. Yo he votado que se tome en consideración esa proposición presentada por siete señores diputados, y acogida benevolentemente por el señor ministro de Gracia y Justicia en nombre del Gabinete.

Yo he votado, si, que se tome en consideración. Yo votaré ese proyecto. Yo me daré por muy contento con el reglamento que voteis; ¿pero creéis que se habrá hecho algo sustancial? No por cierto: os falta lo principal, habéis temido. El dualismo ha influido en esto como en todo. Se hace la casa, pero se destruyen los cimientos. La reforma consiste en decir: «los reglamentos de los Cuerpos colegiados serán objeto de una ley.»

Mientras no se haga esto, se deja el principio revolucionario en pie, el principio revolucionario, que no consiste sólo en el derecho del diputado de hacer preguntas é intersecciones, sino que principalmente consiste en la suposición, revolucionaria en su esencia, de que cada Cuerpo es soberano para la formación de su respectivo reglamento.

Ese principio revolucionario lo dejáis subsistente: no importa que modifiqueis el reglamento; desde el momento en que no hacéis que sea objeto de una ley, no habéis hecho lo que importa, no habéis puesto la mano sobre el verdadero escalón, no habéis criticado el mal, no habéis extirpado de raíz la enfermedad que nos aqueja.

Y aconteció que vuestra resolución no logró impedir que unos diputados, sin duda porque son todavía más liberales que vosotros, se apresuraran, a pesar del cargo que ejercen en el Congreso, que hace casi necesaria su presencia, a marcharse y abstenerse de votar, como aconteció con los señores conde de Toreno y marqués de Pidal. (El señor marqués de Pidal pide la palabra para una alusión personal): no impidió que mi amigo el señor Cadorniga votara en contra; no consiguió que nosotros, a pesar de que votamos en pró, quedáramos del todo contentos, porque le faltaban a la proposición los cienientos.

Ahora bien: si los hombres que marchan unidos, ó votando, ó dejando de votar, no quedan satisfechos; si tampoco quedamos satisfechos nosotros, ¿qué vais adelantando en esta cuestión numérica de agregar voluntades? ¿Qué es lo que vais ganando, que es lo que vais adelantando en lo sustancial, si en último resultado dejáis ese principio verdaderamente revolucionario, según el cual, cada Cuerpo es dueño de sí mismo, y a que podesen legislar para vosotros, ministros de la Corona, que no debéis estar sujetos en ninguna parte a nada que no haya recibido la sanción de la Reina?

No importa que hayáis venido aquí, como ahora supongo que venís de otra parte, a decir: nosotros, que somos Gobierno, aceptamos con mucho gusto el proyecto que se acaba de leer. ¿Quiénes vosotros para someter a los ministros de la Corona a lo que vote una Cámara sin la sanción de la Corona? En cuanto al principio, nadie. La sanción que coloca necesariamente al Gobierno bajo la ley del Congreso, ha de ser de la Corona; no bastan manifestaciones vuestras, no bastan manifestaciones personales, manifestaciones ministeriales; es absolutamente indispensable la sanción constitucional de la Corona para que sus prerrogativas no estén menoscabadas, viéndolas a vosotros sentados allí, regidos por un reglamento a que no ha concurrido sino la voluntad del Congreso.

Este es el principio, y el principio no lo habéis acogido; acogeis las consecuencias sin considerar que cuando las consecuencias son inconvenientes con el principio, no es hacer nada, no es adelantar nada; es levantar castillos en el aire, es lo que llaman los extranjeros *hacer castillos en España*.

¿Qué palabras podría yo emplear para elogiar ese magnífico preámbulo a que antes me referí, y los discursos pronunciados por el digno señor ministro de la Gobernación en otra parte, que el reglamento me veda nombrar en este sitio?

Cuando yo veo escrito que es menester poner la Constitución política de España de acuerdo con su constitución social verdadera; cuando yo oigo en sus elocuentes labios la idea de que las Constituciones verdaderas son las que hace Dios al través de los siglos, yo le envidio, yo le alabo; pero vuelvo la cara a mis compañeros y digo: ¿en qué consiste, cuál de vosotros me lo sabrá decir, que el señor ministro de la Gobernación no saca las consecuencias de sus bellos preámbulos y de sus mag-

mas que repetir lo que antes dije, y si les nombro es solo por pura cortesía.

El cargo, ó más bien observación, iba dirigido al Gobierno. ¿Qué habéis adelantado con retroceder á la mitad del camino? ¿Habéis impedido con eso que dos diputados dejen de votar, y que otro vote en contra? Sacaba esta consecuencia para que se viera que ciertos términos medios solo sirven para dejar disgustados á todos.

El Sr. Gonzalez Brabo, en uno de los discursos más ingeniosos, y en que ha tenido que vencer mayores dificultades, discurso que puede presentarse como modelo en las cátedras de la elocuencia, toda vez que se ha propuesto contestar sin contestar, deshacer sin argumentos sin tocar á mis argumentos, decir que mi proposición es buena, pero que puede ser mala, y que es mejor dejarla para otro día, para lo cual se necesita el superior entendimiento que tiene S. S. y la elocuencia peregrina que le adorna, y que todo el mundo le reconoce, sin necesidad de que yo lo diga, ha incurrido en varias equivocaciones y me ha hecho algunas objeciones, que me voy á ocupar.

Deshechos los partidos quiere el Sr. Nocedal, y comienza para ello formando un partido, y agrupándole alrededor de una bandera.

Yo no formo partido alguno ni le agrupo en derredor de ninguna bandera. Anuncio lo que haría si fuera Gobierno, y entre las cosas que haría está la de no hacer nunca cuestión de Gabinete, y dejar que cada diputado vote lo que su conciencia le dicte. Y esto que yo quiero, lo quiere también, bien lo sabéis, toda la nación española, en cuyo seno, y contra los partidos militantes que se disputan el poder como la presa las fieras, se está formando un inmenso partido por la patria que yo amo, y á la cual quiero servir. Por eso la nación entera mira con cierto desdén esos partidos que luchan por conseguir el poder, y por eso aconsejo yo á mis compañeros que no atiendan á ninguna otra cosa más que á lo que su conciencia les dicte en cada cuestión que se presente, ahora y siempre, aun cuando yo sea ministro.

Es muy fácil manifestar eso, se dirá, cuando se halla uno fuera del poder; pero á esto tengo que replicar á mi querido amigo y mi amantísimo hermano el Sr. Gonzalez Brabo, que he dado ejemplo de esto mucho tiempo hace, y cuando ocupaba el banco ministerial. Yo he permitido que diputados oficiales de mi secretaría votasen contra la ley de imprenta que llevaba el nombre de Nocedal. Yo he permitido que oficiales de mi secretaría, que eran miembros de la Cámara, votasen en contra de otros proyectos del Gobierno; y cuando alguno me decía que se abstendría, le contestaba que haría muy mal, que votase en contra si eso era lo que su conciencia le dictaba. Y así lo hicieron en algún caso, y luego iban á despachar conmigo. Así lo hicieron, uno que fué oficial de la secretaría y otro director, todo el tiempo que tuve la honra de ser ministro de la Corona.

Si el Gobierno no pudiese hacer nunca cuestión de Gabinete; tendría que hacerlo después del discurso del Sr. Nocedal, (El señor ministro de la Gobernación); Yo no he dicho eso. Me parecía haberlo oído así, y así lo tengo apuntado; pero de todos modos nunca vendrá mal preguntar: ¿se va á votar mi discurso?

No por cierto: se va á votar el proyecto de ley. Si se votaran mis discursos, ¿hubiera podido reír sin en otra ocasión noventa y tantos votos de diputados que no profesaban mis opiniones? Si se votaran mis discursos, ¿hubieran podido darme sus votos noventa y tantos, entre ellos algunos progresistas y demócratas? Yo á nadie tiendo un lazo, bien claro digo que hago la guerra al parlamentarismo, y anuncio á este Gobierno y á todos los partidos que hay en mi patria que mientras impere el parlamentarismo es imposible que haya paz, ni sosiego, ni orden ni justicia.

Pero la equivocación más grave y que necesita rectificación más clara y urgente es la que voy á indicar, y en la que, sin duda contra su voluntad, ha incurrido el señor ministro de la Gobernación.

Señores diputados, es cuestión de confianza: ó tenéis ó no tenéis confianza en el Gobierno. No; es cuestión de ponerse cada cual la mano en su pecho y contestar á esta pregunta. ¿Es conveniente establecer la incompatibilidad absoluta, ó que continúen los empleados siendo diputados á los destinos públicos, que es lo que principalmente se trata de evitar con mi proyecto de ley? ¿Es cuestión de confianza un proyecto de ley?

Pues entonces, voy á proponer al señor ministro de la Gobernación y á todo el Gabinete un proyecto de Constitución, el más sencillo, el más económico y el más cómodo para el Gobierno y para los diputados. Así que sea elegida una Asamblea, que envíe cada diputado al Congreso ó al ministerio de la Gobernación una tarjeta con su nombre, en que manifieste si es ó no ministerial, y no tendrán así ni aun que hacer el viaje, porque con formar una lista en que consten...

El señor PRESIDENTE: ¿Se propone V. S. hacer un nuevo discurso? Comprenda V. S. que está rectificado.

El Sr. NOCEDAL: Me propongo hacer lo que V. S. me permita, y nada más.

El señor PRESIDENTE: No es cuestión de ingenio, es cuestión de obedecer al Reglamento. Yo ruego á V. S. se contraiga á rectificar, que es para lo que tiene derecho, y para lo que le he concedido la palabra.

El Sr. NOCEDAL: No es cuestión de ingenio decir que solamente haré lo que V. S. me consienta. Lo que hay es, que en estas grandes luchas ó pequeñas luchas, en estas luchas políticas, existe la costumbre, cuando sólo se trata de un turno, de conceder cierta especie de réplica, que el presidente consiente, según la mayor ó menor importancia del asunto y la de los oradores que intervienen en la discusión. No es, pues, cuestión de ingenio el decir que haré lo que V. S. me permita, siguiendo de ese derecho consuetudinario, esa costumbre establecida.

El señor PRESIDENTE: He tenido con V. S. toda la consideración posible. V. S. lo ha reconocido así, y precisamente le he hecho una advertencia en los momentos en que llenaba la costumbre cuando se trata de rectificaciones.

El Sr. NOCEDAL: Está muy bien. Digo sin acudir al ingenio, que obedeceré al señor presidente, y que otra vez que me llame al orden me sentaré, porque la verdad es que no hay nada más molesto que hacer un discurso ó una rectificación con acompañamiento de campanilla. (Risas.)

Cuestión de oportunidad. El señor ministro de la Gobernación decía: la proposición del Sr. Nocedal puede traer algunas ventajas, puede producir algunos beneficios; pero ¿es cuestión de oportunidad? No por cierto, decía S. S. Si por cierto, respondiendo modestamente; si por cierto, ¿por qué? Porque siempre es tiempo de devolver su prestigio al Congreso, porque quien va á ganar grandemente con mi proposición es la consideración y el prestigio de las Cortes. Por ejemplo: ¿no recuerda el señor ministro de la Gobernación que en una ocasión dijo á un señor ministro, que por cierto no era su señoría, que era absolutamente imposible marchar, mientras pareciera la comisión de presupuestos un concurso de acreedores. Pues hoy no hay aquí más empleados que los que hoy me he comprometido la actual ley de incompatibilidades, y sin embargo de esto en la comisión de presupuestos hay secciones enteras en las que no hay más que empleados.

Vea, pues, el señor ministro de la Gobernación cómo es siempre ocasión oportuna para hacer una ley, en virtud de la cual esto sea imposible.

Verdadera rectificación tal como la consiente el Reglamento, tal como el mismo la explica, y sin necesidad de acudir al derecho consuetudinario. Esta se refiere á la equivocación en que ha incurrido S. S. cuando le interrumpimos en el momento en que aseguraba que los doctores de la Iglesia habían dicho que se debe gobernar por y para el pueblo. Por, no, decíamos nosotros; en pro del

pueblo sí. ¿Pero qué mas da, decía S. S.? Si da mas, y por eso le interrumpimos. Si se dice en pro del pueblo estamos conformes; pero por el pueblo y para el pueblo, no lo ha dicho, que yo sepa, ningún doctor de la Iglesia.

Lo que ha dicho es que la ley para ser ley ha de ser justa, y esto dicen también hoy cuantos saben de verdadera filosofía y no de filosofismo; que la autoridad surge y vive per se, que no debe nada á nadie, que es una necesidad social, que arranca de las entrañas de la sociedad misma por disposición de la Divina Providencia, y que se le debe obedecer siempre y en todos los casos, como se obedece á Dios, por el cual reinan los Reyes y hacen leyes los legisladores.

Estas son las constituciones de los padres de la Iglesia, y que de ellos nos hablaba el Sr. Gonzalez Brabo; esas son las máximas que hoy andan por el mundo, y las que profesan los que algo saben y han arrinconado todos esos libros y papeles viejos que sólo han servido para sembrar de muerte, de confusión y de ruina la sociedad europea.

La autoridad vive por sí, no vive por pactos ni concesiones de nadie; arranca de las entrañas mismas de la sociedad, por disposición de la Divina providencia, y tiene la obligación, que nadie le impone mas que Dios, de ser siempre justa, porque si la ley no es justa no es ley. No necesita la omnipotencia parlamentaria, ni ninguna de esas otras cosas que constituyen verdaderos sofismas, indicios de hombres verdaderamente entendidos, y de buenos y de sanos estudios; porque para esa autoridad procede de Dios, para hacer la felicidad de los pueblos y para hacerse respetar y obedecer, sin que nadie tenga que darle sus votos ni concederle derechos, que ella tiene sin que se los otorguen.

Por eso no he querido dejar pasar el error de que se gobierna por el pueblo y para el pueblo. Lo que hay que hacer es gobernar para los pueblos y en pro de los pueblos.

Como última rectificación, y sacrificando otras muchas cosas que no sacrificaría si se tratara de una réplica, debo decir, que entendido el régimen actual y la manera de discutir las cosas que se propongan al debate en esta legislatura, como ha explicado el señor ministro de la Gobernación en este día, quedan destruidas ó por lo menos contraindicadas las siguientes palabras: «La experiencia de repetidos ensayos y pruebas durante el curso nada corto de treinta y tres años de crueles vicisitudes y revueltas ineficaces nos descubre, en medio de las mas extrañas é imprevisibles catástrofes, un hecho primordial que á nadie es dado desconocer.

La constitución interna y real de esta antigua nación no está del todo de acuerdo con la interpretación que en no pocos casos se ha dado á las leyes políticas hechas y promulgadas durante sus varias y más ó menos permanentes dominaciones, por los diferentes partidos que nos dividen y destruyen.

Como la misma mano que ha escrito que los partidos nos dividen y nos destruyen puede hoy sostener en este sitio que la existencia de los partidos es absolutamente indispensable? Señores diputados, escoged entre seguir las doctrinas del preámbulo del decreto que aquí nos ha congregado y las que habéis oído en el discurso pronunciado en este día.

En el primer caso votad con arreglo á vuestra conciencia no atendiendo á consideraciones de ningún género; en el segundo caso tened entendido que queda borrada gran parte del anterior, que estamos en pleno parlamentarismo y que este año va á ser uno más que hay que agregar á los 53 del parlamentarismo de que habla el preámbulo del decreto, y este Congreso uno más que añadir á los Congresos liberales que se han reunido anteriormente, que nada han hecho ni han podido hacer por confesión del Gobierno. He dicho.

El señor ministro de la GOBERNACIÓN: Estamos tan en pleno parlamentarismo, que hasta el señor Nocedal se acoge á él para hacer triunfar su doctrina, no rectificando como manda el reglamento.

to, sino como es costumbre ó práctica parlamentaria.

Es verdad que yo he escrito en el preámbulo que S. S. cita que hay partidos que destruyen la patria, y que hoy he dicho que eran necesarios los partidos. ¿Pero acaso decía eso decreto que fuera todos los partidos los que allí se citaban? No; hay partidos facciosos; pero no por eso hemos de suprimirlos todos, porque eso es imposible; es lo mismo que si quisiéramos suprimir el sol, los campos ó los hombres.

S. S. ha hablado de los empleados en la comisión de presupuestos, y ha dicho que lo eran todos, y que S. S. quería que los presupuestos los examinaran los diputados. ¿Pues no dijo S. S. antes que no quería discutir el presupuesto sino que le quería permanente?

No quiero entretenerme en nuevas réplicas, y solo diré que en cualquier estado en que se encuentre el país, mientras haya Parlamentarios en que se discute, ó habrán de ser estos estranos á los negocios públicos, ó tendrán que tener de un modo ó de otro los conocimientos que necesitan los empleados, y es indudable que éstos pueden ser de mucha utilidad en estas Asambleas.

Leida en seguida la proposición, y puesta á votación se verificó esta nominalmente, resultando desechada por 155 votos contra 49 en esta forma: Señores que dijeron no.

Conde de Toreno.—Marqués de Pidal.—Bataneiro.—Chacon.—Gonzalez Brabo.—García Lobera.—García Castañeda.—Díaz Fernandez de Cendreda.—Frias Salazar.—Ródenas.—Marqués de Zafra.—Lacy (D. Patricio).—Vereterra.—Sabater.—Quintana.—Castro.—Gómez y Gonzalez.—Villar.—Agud.—Peyronnet.—Baillo.—Moriano.—Martinez Guitero.—Arzu.—Marra.—Zaragoza.—Casta.—Barros.—Cardenal.—Valero de Tornos.—Gaya.—Navarro.—Morcillo.—Sanchez Ocaña.—Gonzalez Montero.—Sanchez Mendoza.—Velazquez Gaxtel.—Valero y Soto (D. Mariano).—Ferrer.—Hérix.—Montaut y Vitriz.—Saez de Liera.—Taviel de Andrade.—Magiz.—Amat.—Miranda.—Lora.—Martinez Mantecon.—Gonzalez Apousa.—Piá y Canela.—Vizconde de Ilueca.—Mayo de la Fuente.—Rebagliato.—Lopez Martinez.—Toda.—Manresa.—Fanes.—Berriz (D. Sixto).—Botella (D. Francisco).—Berriz (D. Juan Ignacio).—Bravo.—Naranjo.—Díaz Perez.—Rebellon.—Perez Batillon.—Cadabal.—Botella (D. José).—Fernandez de Gadróniga.—Fernandez San Roman.—Quinones de Leon.—Marqués de Alboloduy.—Santiago y Hoppe.—Caro.—Batista.—Castellanos.—Lacy (D. Mariano).—Pavia.—Basieres.—Baron de Alcalá.—Rodriguez (D. José María).—Marqués del Cadion.—Torre-Maria.—Maza.—Balboa.—Marqués de Villamejor.—Ramirez de Arellano.—Manzanares.—Mas y Abad.—Febrer de la Torre.—Perez (D. Juan Sixto).—Esteban Collantes.—Torres Valderama.—Sanz.—Anduaga.—Marqués de Villamediana.—Gisbert.—Fernandez de Losada.—Silva y Monge.—Lanusa.—Ojeto (don Nicolás).—Díaz-Agiero.—Cataluña.—Coronado.—Perales.—Gutiérrez.—Polo.—Sanchez de Palencia.—Villarejo.—Fonseca.—Sanjurjo.—García Camba.—Villar y Ulloa.—San Gil y Heredia.—Marqués de Inicio.—Gárdenas.—Marqués de Campo de Aras.—Segovia.—Suarez de Puga.—Corveró.—Arenillas.—Martinez Gurria.—Ruiz del Arbol.—Fernandez Baeza.—De Gabriel.—Lopez Serrano.—Conde de Fabraquer.—Caramés.—Heredia y Tejada.—Tró y Orlotano.—Valero y Soto (D. Juan).—Jover y Creppí.—Lacy (D. Salvador).—Pasquau.—Abril.—Marqués de la Merced.—Fuentes de la Plaza.—Morecos.—Herraz.—Guerrero.—Thous.—Cavero.—Sesé.—Díaz Martín.—Bremón.—Baron de Cuatro Torres.—Marqués de Bogaraya.—Lafora.—García Barzanallana.—Bautista y Muñoz.—Gonzalez Arnao.—Ozores y Losada.—Soto (D. Juan).—Pinedo.—Benavides.—Alvarez.—Señor presidente. Total, 155.

Señores que dijeron sí: Arguinzoniz.—Gisbert.—Valls.—Reina.—Rodriguez (D. Juan María).—Perez de Molina.—Vinader.—Bermúdez de Castro.—Marqués de Santa Cruz

de Inguanzo.—Barreda.—Manso de Velasco.—Marqués de Colomer.—Arrieta Mascareña.—Clarós.—Izco.—Negre.—Barceló.—Zayas.—Moreno (D. Manuel María).—Maldonado.—Conde de Heredia Spínola.—Escudero.—Solgas.—Fernandez de Velasco (D. Fernando).—Tejado.—Somoza.—Caballero.—Soto (D. José María).—Muzquiz.—Moyano.—Sanchez.—Fuentes.—Ceballos Escalera.—Pezuella.—Lobo.—Martinez (D. Bartolomé).—Franco.—Mendez de Luarca.—Garvia.—Herreros.—Nocedal.—Marqués de Caballero.—Maroto.—Marqués de Villaverde.—Sichar.—Gros.—Rivera.—Calvo.—Díaz Caneja.—Beltran de Lis.

Total, 49.

El señor PRESIDENTE: Orden del día para mañana: los dictámenes que han quedado sobre la mesa.

Se levanta la sesión. Eran las siete y cuarto.

PARTE RELIGIOSA.

SANTO DE HOY. Santa María de Socors. SANTO DE MAÑANA. Santa Rita de Casia, viuda y Santa Quiteria y Julita mártires.

CULTOS. Se gana el Jubileo de Cuarenta horas en la iglesia de monjas de Santa Isabel, donde continúa la novena de Santa Rita de Casia; á las diez será la Misa mayor solemne, en la que predicará don José de Moya y Soler, y por la tarde en los ejercicios predicará D. Silvestre Rougier. Continúa también la novena de Santa Rita de Casia en el Carmen Calzado, y será orador en la Misa mayor el Dr. D. Félix Martinez Espinosa; por la tarde se cantarán completas y la reserva. En las iglesias de monjas Agustinas de Santa Magdalena, en Jesús Nazareno y en las de la Encarnación se celebrará también á Santa Rita de Casia.

Termina la novena de San Isidro Labrador en su iglesia y predicará en la Misa mayor D. Isidro de la Fuente y Almazan, y en los ejercicios de la tarde el P. José Joaquín Montalban.

Continúan los ejercicios del mes consagrado á la Santísima Virgen, y predicará en las Carboneras, el Padre Cipriano Tornos; en San Isidro, don José Rizo; en Monserrat, D. José Fernandez Losada; en el oratorio del Espíritu Santo, D. Juan Barbero, y en Santo Tomas, D. Ambrosio de los Infantes; en esta iglesia concluido el sermón se cantará una solemne Salve á Nuestra Señora del Amor Hermoso en preparación de la novena que dará principio mañana.

VISTA DE LA CÔRTE DE MARÍA.—Nuestra Señora de Valvanera, en San Ginés; ó la de la Piedad, en San Millán.

Se reza de la octava de San Isidro, Labrador, con rito doble y color blanco.

BOLSA DE MADRID.

Cotizacion oficial del 19 de Mayo de 1867. FONDOS PÚBLICOS. Títulos del 3 por 100 consolidado, publicado, 53.50 y 53.65, 50 y 65 en pequeños; á plazo, 53.50 fin cor. vol., y 53.25 y 50 fin cor. fir. Idem idem diferido, publicado, 51.70, y 50. Material del Tesoro no preferente con interés, no publicado, 98.75. Deuda del personal, id., 20.55. Obligaciones municipales al portador, de 1,000 reales, id., 58.00.

MADRID: 1867. Editor responsable: D. MANUEL DE TOMÁS. Imprenta de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL, Pelayo, 34, á cargo de R. Labajos y Arenas.

SECCION DE ANUNCIOS.

Rebaja á las corporaciones, sociedades mercantiles y á las particulares que anuncien periódicamente.

LA PREDICACION POPULAR,

POR MR. DUPANLOUP,

OBISPO DE ORLEANS.

Se vende encuadernado en rústica, con el retrato del autor, á 40 reales en casa de el editor (Cabeza 27), y en las principales librerías de esta corte.

FABRICA DE LICORES

DE LA VIUDA DE PASCUAL É HIJOS.—PALMA ALTA, 11, MADRID.

Licores ordinarios, finos, superiores y escarchados. Aguardientes, rones y vinos generosos.

VENTA AL POR MAYOR Y MENOR.

Se facilitan prospectos y se remiten á provincias.

(Núm. 549.—2 G.—20.)

EXAMEN CRITICO

DEL

GOBIERNO REPRESENTATIVO

EN LA SOCIEDAD MODERNA,

POR EL R. PADRE

L. TAPARELLI.

DE LA COMPAÑIA DE JESUS,

TRADUCIDO DEL ITALIANO.

Esta obra importantísima, publicada en la CIVILTA CATTOLICA, Revista que sale á luz en Roma bajo los auspicios de Su Santidad, constará de dos tomos de 500 á 600 páginas cada uno.

Se ha publicado el tomo primero, en el cual después de una introducción magníficamente escrita, se tratan magistralmente, conforme á los principios de la filosofía católica los puntos siguientes:

- 1.º El principio heterodoxo es la abolición del derecho y de la unidad social.
- 2.º El sufragio universal.
- 3.º Posesión de la autoridad.
- 4.º Emancipación de los pueblos adultos.
- 5.º Libertad.
- 6.º Libertad de la prensa.
- 7.º Teorías sociales sobre la enseñanza.
- 8.º Naturalismo.
- 9.º Felicidad social.
10. División de los poderes.

A pesar de su mucha extensión y lectura se vende el Tomo primero del EXAMEN CRITICO al reducidísimo precio de 14 rs. en Madrid y 16 en provincias.

Los pedidos se dirigirán al administrador de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL (Pelayo, 38 y 40, principal) acompañando siempre el importe en libranzas ó sellos de correo.

Se está imprimiendo el tomo segundo.

ACEITE de HIGADO de LIA

puro ó con yoduro de hierro, del doctor Delattre, el único aprobado por la Academia imperial de medicina de París y admitido en la Exposición de 1867; dos medallas de oro. Resulta de los experimentos hechos en todos los hospitales de París por los doctores y profesores Devergie, Guersant y Barthez, médico de S. A. el Principe imperial:—1.º que todos los enfermos y los niños prefieren el aceite de hígado Lija al de Bacalao por ser más fresco y más suave.—2.º que sus propiedades curativas son más activas y eficaces. Se vende siempre en frascos (3 ó 6 frs.) marcados con el nombre del doctor Delattre y acompañados de muchos certificados de los médicos más afamados y del modo de usarlo.—Pesquerías y fábrica en Dieppe y depósito general en París en casa de Naudinat, rue de Jouy, 7.—En Madrid, por mayor, Agencia franco-española, 31, Sordo.—Por menor, Borrell, Escolar, Sanchez Ocaña y Moreno Miguel. Precio, 50 y 56 rs. (A.—2570.)

IMPRENTA

DE

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL,

CALLE DE PELAYO, NÚMERO 31.—MADRID.

Esta imprenta se dedica no sólo á la impresión del periódico sino también á cuantos trabajos se le encarguen por parte de las corporaciones y particulares.

Dotada de un buen surtido de fundiciones y adornos del mejor gusto, puede llevar á cabo en poco tiempo cualquier impresión de lujo ó sencilla, tanto de obras, folletos, periódicos, anuncios de corporaciones eclesiásticas, esquelas mortuorias, circulares, anuncios de cofradías, de fiestas de Iglesia, etc., etc., cuanto de toda suerte de documentación para oficinas y particulares, por delicados que sean. Los precios serán sumamente arreglados.

Si alguna persona de fuera de Madrid desea utilizar los servicios de esta imprenta, puede dirigirse al administrador de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL, en la seguridad de ser complacido inmediatamente, previo el ajuste y demas condiciones que se convengan. Los que impriman obras de cualquiera clase en este establecimiento, disfrutará de anunciarlas gratis en EL PENSAMIENTO ESPAÑOL, periódico de los que más circulan. Las sociedades que le encarguen sus trabajos, tienen, en los mismos términos, derecho á anunciar sus operaciones.

La imprenta de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL no imprimirá jamás nada que sea contrario á nuestra Santa Religión.

ELEMENTOS DE FILOSOFIA ESPECULATIVA,

SEGUN LAS DOCTRINAS DE LOS ESCOLÁSTICOS Y SINGULARMENTE

DE SANTO TOMÁS DE AQUINO.

Obra escrita en italiano por el Presbítero D. José Prisco, y traducida de la segunda edición por D. Gabino Tejedo.

Se ha publicado el tomo 2.º y último de esta obra, la cual se espense á 40 rs. en Madrid en la Librería católica internacional de Tejado, Silva, 47 y 49, y en la librería de Olamendi, Paz, 6. En provincias á 50 rs., por pedido directo acompañado de su importe, dirigido á la librería de Tejado, ó á los corresponsales de dicha librería.

En todo pedido de diez ejemplares acompañado de su importe se hará un abono de 10 por 100. Cuando el pedido sea de mayor número de ejemplares se aumentará este abono.

(G.)

CONFERENCIAS DEL PADRE FÉLIX,

DE LA COMPAÑIA DE JESÚS,

PREDICADAS EN 1866.

TRADUCIDAS Y PUBLICADAS POR

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

En las Conferencias del año pasado combatió el Padre Félix la economía anti-cristiana, y principalmente el socialismo.

La lectura de este libro puede producir inmensos bienes en ciertas clases.

Puede hacerse una obra de caridad propagando la lectura de estas Conferencias.

Existen tambien ejemplares de las Conferencias de los años 1863, 1864 y 1865.

Las correspondientes á cada año forman un folleto encuadernado á la rústica que se vende á 4 rs. en Madrid y 5 rs. en provincias, franco de porte.

Los pedidos deben hacerse á la Administración de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL, Pelayo, 38 y 40, principal.

LEYENDAS HISTÓRICAS Y MORALES.

obra original de D. José María Leon y Dominguez, Presbítero, y precedida de un prólogo crítico del Sr. D. Sebastián Herrero, ex-rector del Seminario de Cádiz.

Primeros suscritores, SS. AA. RR. los Serenísimos señores Infantes de España, duques de Montpensier.

Esta obra, calificada por el popular escritor Fernán Caballero, de genuinamente española y católica, es una colección de novelas agradables é instructivas, basadas en su mayor parte en los hechos más gloriosos de la historia de nuestra España, y en las más hermosas tradiciones populares. La moralidad, instrucción y recreo que en ellas brilla, les han hecho alcanzar una gran aceptación en Cádiz, donde acaban de publicarse.

Consta de dos tomos en 4.º mayor prolongado, y está de venta en Madrid, en casa de D. Miguel Olamendi, calle de la Paz, número 6, al precio de 52 rs.

Si guen tambien de venta en la misma librería:

Las Páginas del Hogar, colección de cuentos, poesías, fábulas, tradiciones y artículos, ilustrada con grabados, al precio de..... 8 rs. Los Mártires de Cádiz..... 8 rs. El ángel de Puigcerdá..... 7 rs. Dimas..... 6 rs.

Dirigiéndose al autor, Cádiz, calle de la Compañía, núm. 8, acompañado su importe en libranzas ó sellos, se remiten es-

tas obras por el mismo precio, francas de porte y certificadas á vuelta de correo. Si se tomasen todas, las recibirán por 70 reales.

EL DOMINGO.

Semanario de literatura, historia,

costumbres y viajes,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARIA LEON Y DOMINGUEZ,

presbítero y catedrático del Seminario.

Desde el Domingo de Ramos empieza á

publicarse en Cádiz y en toda España esta

Revista, cuyo objeto es ofrecer una lectura

cristiana y amena al pueblo y á la juventud.

Aparecerán en sus columnas dramas reli-

giosos y morales para los Seminarios, cole-

gios y asociaciones de San Luis Gonzaga, no-

velas originales y traducidas, composiciones

poéticas, artículos biográficos, bibliográficos

y humorísticos, revistas de teatros, leyendas,

cuentos y tradiciones.

Cada domingo se publica un número de 16

páginas á dos columnas en 4.º mayor pro-

longado.

La suscripción por trimestre son 18 rs., por

semanestre 34.

Se admiten suscripciones en Madrid, en casa

de D. Miguel Olamendi, calle de la Paz, nú-

mero 6.

En Cádiz, dirigiéndose al director, calle de

la Bomba, núm. 1, y acompañando su im-

porte en libranzas del Giro mútuo ó en sellos

francos, en cuyo último caso deberá certifi-

carse la carta que los contiene.